

LA CIUDAD COMO TEXTO Y CONTEXTO



Fig. 14. Paseo Peatonal Alonso de Ercilla, Concepción.

Recorremos nuestra ciudad todos los días. Transitamos por su calles, sus plazas, sus barrios, desempeñando aquellas heterogéneas funciones que nos impone el vivir cotidiano. Creamos hábitos que asumen maneras concretas y específicas de desplazamiento a lo largo de las vías para alcanzar los lugares de trabajo de abastecimiento y recreación. No faltará el espontáneo y zigzagueante deambular por los abigarrados centros comerciales (Fig. 14). Muchos cultivarán el paseo urbano como una forma especial de contemplación y regocijo: en una palabra, la ciudad es motivo de recreación.

La imagen de la ciudad, con sus edificios y fachadas, va conformando referencias de las que a menudo ni siquiera tomamos conciencia. En ocasiones nuestro tránsito cotidiano hace de los recorridos una repetición insistente cada vez más mecánica y superficial. La repetitividad transforma en familiares las imágenes circundantes para luego restarles significado y llegar a la casi total inexpressividad. Se diluyen los contornos y vamos reduciendo el mundo de las sensaciones a su mera cualidad de sombra. Las referencias se vuelven estéticas, difusas, y pareciera que dejáramos de necesitarlas. Evitamos distinguir las diferencias y en todas partes sólo vemos semejanzas. Recorremos cotidianamente la ciudad como sin verla.

Para mirar el mundo de nuevo y desprendernos de los hábitos adormecedores, recomendamos cambiar de vía, doblar por la esquina subsiguiente en vez de hacerlo en el cruce inmediato y acostumbrado, entrar en una tienda que nunca antes visitáramos, frecuentar calles y plazas lejanas a nuestro itinerario habitual, asumir una actitud vigilante, aguzar la pupila.

Un método que nos permita discernir entre los aspectos exteriores y las apariencias de las cosas del sentido que transmiten, el significado que evocan y el uso que evidencian o pretenden representar, nos regalará un mundo nuevo de percepciones, sentidos e imágenes. Porque este nuevo ojo semiótico irá tras las insospechadas potencialidades perceptivas, de la que se desprenderán realidades y cualidades, aparentemente ocultas, pero que en realidad están, sólo que no las hemos visto².

Debemos suponer que en el diseño nada es gratuito. El más insignificante detalle, el ornamento más intrasaccional debiera haber obedecido a un afán predeterminado. La forma de los edificios, sus acondicionamientos funcionales, su emplazamiento, su específica presencia obedece a un cuidadoso orden establecido y a una intención que es necesario proyectar a los diferentes planos de la realidad manejada. Los procesos de comunicación social y cultural debieran transformar en planos expresivos las conformaciones exteriores de los edificios. Porque la arquitectura tiene la gran posibilidad de referirse no sólo a su propia dimensión específica, enfatizando funciones y afirmando su uso y destino, sino que puede ser también depositaria de representaciones agregadas de un discurso semántico propio y referido a los principales valores culturales de una sociedad.

La arquitectura posee una función directa y determinante: ha de configurar un lugar habitable, protegido de las inclemencias del tiempo, proporcionar intimidad y seguridad, adecuarse a las necesidades psicosomáticas del

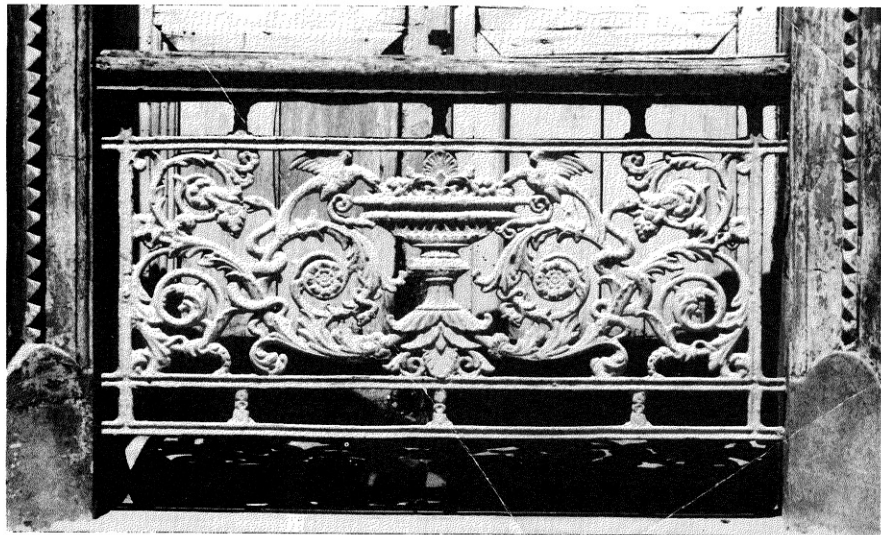


Fig. 15. Calle Fraim 1158. Concepción. Foto A. Greig G.

habitante para acondicionar sus múltiples actividades personales y familiares. Para ello ordena, dispone y propone espacios interiores, exteriores y relaciones funcionales entre ellos. Pero no sólo queremos protección y resguardar intimidad, necesitamos expresar, además, la calidad de vida social que nos rodea y definir los valores que culturalmente nos identifican. Los afanes de la representación social y cultural eloquentemente hacen explícitas nuestras preferencias. Utilizamos determinados signos arquitectónicos para lograr esto último, en especial aquellos con significados incorporados, signos en los cuales todo el mundo reconocerá en forma explícita nuestros valores. Colocamos entonces estos signos, sancionados ya socialmente y, por ende, significativos para la mayoría, en fachadas, portales, rejas e interiores (Fig. 15). Evidenciando definitivamente ante el medio que también nosotros compartimos aquellos valores reconocidos y apreciados por el clan.

De esta manera la arquitectura será utilizada por sus usuarios con un doble sentido: como cobijo material para proteger la intimidad de la familia, pero también como vehículo para expresar identidad cultural y concordancia social. Esto no excluye el indiscutible afán de la mera representación y ostentación social. Entendemos, por tanto, que la arquitectura o cualquier objeto que ha sido constituido con una finalidad de uso, posee con su imagen exterior un plano expresivo correspondiente y, con su realidad semántica un plano de significación, en constante transformación y cambio.

Peró si vemos nuestra ciudad: lo primero que captamos de las formas es su configuración exterior, su "gestalt", cuyo proceso de captación perceptual es específico. Los significados implícitos primarios y los otros secundarios y agregados exigen de nosotros un acondicionamiento previo. A menudo se nos escapan los significados originales de los objetos percibidos, sea por simple desconocimiento de los mismos o por incapacidad de entendimiento. Recordemos que la cotidianeidad chata de los actos repetitivos y maquinales nos va haciendo insensibles a las significaciones que el mundo de las formas despliega a nuestro alrededor.

Para hacer otra vez expresivo el texto de la ciudad es necesario identificar tanto sus relaciones sintácticas como los factores de significación propios y de uso. Reconocemos las diferentes categorías del signo en sus planos icónicos y determinadamente simbólicos. Deduzcamos, reiteradamente, la presencia del juego eventual de metáforas arquitectónicas engarzadas ocasionalmente en alegorías más complejas. Tengamos presente que cuando los signos no están constituidos y no los reconocemos como tales, la lectura semántica de la ciudad se vuelve ambigua, configurando una lectura de carácter aleatorio e indeterminado.

La historia de la arquitectura ha comprobado que en las distintas épocas culturales, antes que negar rotundamente los valores y las formas pre-existentes, los arquitectos prefieren reinterpretar los signos para volver a utilizarlos de acuerdo con otros contenidos. Los elementos de la arquitectura, convertidos en signo, son utilizados en las nuevas proposiciones de modo variado e heterodoxo. Obsolescencia y renovación ceden su paso a menudo a fenómenos de persistencia, transformación, adecuación o simple reinserción de los modelos (Fig. 16).

Es común encontrarse con la incorporación de sólo algunos elementos tradicionales en las nuevas construcciones (Fig. 17). Del repertorio semántico del pasado se buscarán siempre aquellas soluciones que sean capaces de interpretar y ser depositarias de nuevas ideas y nuevos valores. No debemos comovernos mucho por el hecho de que los significados fijados en los modelos originales de referencia sean de pronto utilizados de otra manera. Volver a usar determinados modelos tradicionales para semantizar la nueva arquitectura ha sido un recurso de todas las épocas arquitectónicas. No debemos olvidar, por otra parte, que las adjudicaciones de significado suceden de facto por una intención dada en el diseño y también por el uso. El usuario asignará significados nuevos, quizás arbitrarios o polivalentes a los valores que los arquitectos trataron de incorporar a sus edificaciones. Las necesidades de orientación y el afianzamiento de las identificaciones con el entorno construido son de tal prurito e insistencia que el usuario y habitante no espera explicaciones de terceros para leer estos signos "correctamente". Si el ciudadano no tiene las llaves para descifrar semánticamente la ciudad en la manera pre-determinada por el diseño, lo hará construyendo un discurso de carácter quizás personal e intransferible. Más que aprehender las intenciones semánticas originales, el ciudadano común, de acuerdo con sus propios códigos, inventa otras, en reemplazo de aquellas que no comprende.

¿Cuáles son las características del lenguaje arquitectónico de nuestra ciudad? ¿Podemos reconocer en él un discurso continuo y altamente codificado y cuyas unidades se corresponden en totalidades reconocibles con claridad? ¿Se trata acaso de un discurso coherente, rico en figuras, o simplemente saturado de articuladas configuraciones retóricas de carácter aleatorio y ambiguo? Creemos poder d'inguir en distintos discursos, históricamente sucesivos, pero articulados en un complejo mayor heterodoxo y misceláneo. Posibilidades de vivencias alegóricas integrales y totalizantes hay pocas, porque las pocas metáforas de los distintos periodos arquitectónicos se suceden en forma discontinua en el espacio urbano de Concepción. Nuestra realidad penopolitana se caracteriza por la enorme cantidad de vestigios y retazos que, eso sí, posibilitan una lectura rica en asociaciones heterodoxas.



Fig. 16. Reinterpretación de arquitecturas venenacoras. Arquitectos E. Rojas y R. Jevicki. Ferio de Productos regionales en Dalcahue, Chileá 1984.

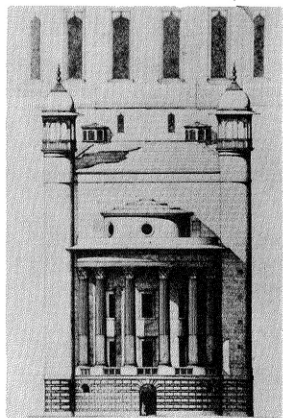


Fig. 17. Quinlan Terry: Mezquita en Oriente Medio 1975. Elaborada con una gramática romana clásica con añadidos de arquitectura india colonial. / Charles Jencks, El lenguaje de la Arquitectura Postmoderna, p. 92.